

Anatomía de un reflejo

Citlalli Luna Quintana

Para las Quintana

He vuelto a tomar la pluma para reinventarme. Desde que tengo memoria, dejé que otros construyeran mi habitación propia: levantaron muros altos para que no viera el horizonte; pintaron las paredes para ocultar las imperfecciones, los defectos garrafales, las malformaciones del carácter; colocaron los cuadros que se supone representan los momentos más felices de mi vida; eligieron los muebles que mejor se adaptaban a lo que yo debería ser. Me dijeron qué debía escribir, cómo se lograba la independencia; me dieron una lista estricta de pasos a seguir para ser libre. Y yo no dije nada. Me quedé callada porque no sabía que tenía voz propia.

Entonces me dejé hacer: vestir, calzar, maquillar, escribir. «Cruza la pierna», «la falda está muy corta», «párate derecha», «ve a misa», decían. Pero ellos, los otros, nunca pensaron que el espejo grande que me dieron para maquillarme los labios, para arreglarme el cabello y para ajustar mis ropas a la moral en turno, iba a servir para observarme. Para observarme de verdad: desnuda, con moretones y asimetría en el cuerpo, con los pechos más abajo, con el vello púbico encrespado, sin maquillaje y con el cabello suelto. No sabían que el espejo iba a servir para verme sonreír, para mirarme hecha un ovillo por la ansiedad, para odiar mi cuerpo, para observarme llorando, para gritarme, para explorarme, para conocerme, para desdibujarme, para reinventarme.

Es difícil vivir en un mundo en el que ya hay un adjetivo para cada una: «la buena esposa», «la chismosa», «la mocha», «la que aguanta al marido», «la buena madre», «la amargada», «la dejada», «la que abortó», «la solterona», «la puta». Ahora, parada desnuda frente al espejo, busco una señal en mi cuerpo que me diga cuál va a ser mi epíteto ¿cómo se lo gana una? ¿Quién lleva el registro de cuántas veces fui a misa? ¿Quién el de los hombres con los que me he acostado? ¿Dónde reclama una estos calificativos que provienen del ocio ajeno?

No veo en mis hombros, en mi espalda, en mis manos, en mis muslos, una señal que me diga con qué adjetivo voy a ser calificada. Es triste darse cuenta cómo nuestras genealogías tienen usos bien definidos: «Ella es inteligente, como su papá y su abuelo»; «Ella es puta, como su mamá y su abuela». El poder de la palabra una vez más condena o salva nuestra existencia, la determina y, en muchas ocasiones, la limita. Así que, cuando me veo en el espejo y busco esa señal, me preocupa no nada más el adjetivo con el que los otros van a definir mi

vida, sino también la de mis hijas y mis nietas y las mujeres de mi familia.

Lo que más me gusta de mirarme desnuda al espejo es que puedo desdibujarme para conocerme y reconocermme. He dejado de recordar a Flaubert cuando miro mis pies pequeños y de arco pronunciado. Ahora pienso en el dolor que me causan los tacones que tanto amo y que estilizan mi figura, y en las veces que he sangrado por llevar unos zapatos que me cortan los talones, pero combinan a la perfección con mi vestido. Nos han enseñado que el dolor a veces es inevitable para vernos perfectas y así, hasta en las cosas más sencillas como caminar, hemos normalizado el dolor de nuestro cuerpo, siempre y cuando «valga la pena» y una «se vea bonita». Cuando miro mis pies también pienso en los pasos errados que he dado y en lo mucho que cuesta decidir tomar otro camino o desandarlos porque este duele mucho y, sobre todo, porque mis pies también cargan el peso de las críticas por volver hacia atrás. Al ver mis pies también pienso en las largas y rápidas caminatas que hace mi madre, recuerdo a mis tías eligiendo zapatos, a mi prima aprendiendo a andar en tacones, a mi sobrina pequeña buscando tenis blancos para estar a la moda; también imagino a mi abuela descalza, por el simple gusto de sentir la tierra caliente debajo de ella, caminando en el lejano rancho donde creció.

Cuando veo mis piernas recuerdo que la ingenuidad de hace años me permitía dotar a mis personajes femeninos con «piernas largas como un evangelio» como una extensión de la metáfora hacia mí misma. Creía en la sacralidad de las piernas no nada más como fruto estético de la penitencia que representa el dolor provocado por los tacones, sino como un vehículo de seducción que conducía al orgasmo; un camino que se debía recorrer con la lengua o las yemas para llegar al Paraíso. Ahora, consciente de la comparación, reflexiono sobre el peregrinaje y las historias de derrotas contenidas en los evangelios y pienso que, después de todo, también mis piernas son vehículo de guerras perdidas y caminos que, en muchas ocasiones, no han llegado a ningún lado.

Cuando miro mi vagina pienso en que, de algu-

na u otra forma, siempre nos han enseñado que es un albergue de placer masculino y un espacio vedado para nosotras: «no te toques», «no te mires», «lo importante es que él disfrute». ¿Cuántas mujeres hemos tenido sexo sin acercarnos siquiera al orgasmo? ¿Hasta qué punto el «egoísmo sexual» es válido? ¿Es cierta aquella frase de «una es responsable de sus propios orgasmos»? Sentada frente al espejo abro mis piernas, pero no con la ingenuidad pueril de antaño que prometía a algún enamorado el Paraíso y la imposibilidad del olvido, sino que las abro para mirar y tocar mis labios, sus pliegues, sus honduras. Contemplo mi vagina para explorarme, para conocerme, para saber qué es lo que me gusta y qué grados de placer puede darme mi propio cuerpo.

Después observo mi vientre, quizá la parte de mi cuerpo que he tratado con más crueldad. Desde que tengo memoria he buscado la perfección (otro arquetipo por desechar), pero con mi cuerpo siempre he sido más dura y he buscado a toda costa, sin lograrlo, que mi abdomen sea plano; eso me ha dejado cicatrices que detesto y que, de alguna forma, se han convertido en la manera en que mi cuerpo me recuerda cuántas veces lo intenté y cuántas veces he fracasado. Pienso en el lenguaje con el que mi cuerpo me habla y en los innumerables sufrimientos que le hago para dejar de ser yo, buscando mi reflejo en la imaginación ajena. El cuerpo también nos habla: nos reclama las infamias que le hacemos por una imagen que quizá ni siquiera valga la pena en tanto que es idealizada y no refleja lo que somos o lo que podemos ser.

Cuando miro mis pechos pienso en que es una de mis partes favoritas del cuerpo; pero aprendí a la mala a mantenerlos escondidos o a enseñar su forma discretamente porque me han tocado, pellizcado y me han dicho barbaridades por la calle. Nos han enseñado que, si a una la acosan, es porque traíamos la falda muy corta o el escote muy pronunciado y que, en todo caso, nos lo merecemos por vestirnos como putas. Una tiene dos opciones: lucir las partes de su cuerpo y lidiar con los incordios ciudadanos o vestirse con ropas más o menos holgadas para no sufrir en el día a día.

Cuando miro mis manos inmediatamente pienso en dos personas: en mi madre y en mi abuela. Pese a que muchas personas siempre comentan el parecido entre mi madre y yo, más allá del cabello, yo pasé años sin reconocerme en ella; sin embargo, tiempo después de que yo viviera en otra ciudad, una tarde fumaba en el balcón y al terminar me puse crema en las manos. Inmediatamente, como un golpe contra el asfalto, vino a mí el olor de las manos de mi madre mezcladas con crema y cigarro; entonces recordé todas aquellas tardes que ella fumaba en su habitación, en la oficina leyendo el periódico, en la sala tomando café y platicando con mis tías. El olor de sus manos me hizo reconocerme en ella, entonces me asumí como una extensión de ella, como una parte externa de ella y por fin me percaté de nuestro parecido, de nuestras cosas en común y de nuestras historias paralelas. En cuanto a mi abuela, pensar en sus manos siempre me recuerda los días en que llegaba de la escuela y ella preparaba la comida, picaba carne, verduras, etcétera; pero, sobre todo, recuerdo sus uñas largas, gruesas, hermosas. Y creo que la única razón por la que yo me arreglo las uñas es porque a mi abuela le van a gustar: cuando llego a casa después de muchos meses sin verla, le doy un abrazo y un beso y le enseño mis uñas. Con el paso de los años y la lejanía de las mujeres de mi familia, se hacen más visibles los lazos que, sin saberlo, están tejidos entre nosotras.

Cuando miro mi cara para completar mi reflejo, no puedo evitar el recuerdo de todas las mujeres de mi familia: mi abuela, mi madre, mis tías, mis primas y mi sobrina. Y pienso que, aún cuando utilizo este espejo para reflejarme, para conocerme, para reinventarme, también sirve para ver el reflejo de todas sus historias como parte de la mía y cómo esos fragmentos de ellas también están en mi cuerpo, en mi reflejo, en mi historia.

Nuestra familia es matriarcal. Para mí eso significa que toda mi vida he estado rodeada de mujeres extraordinarias que han luchado cada día: por hacerse un lugar en el mundo, por combatir a sus propios demonios. Han tenido que reconstruirse ellas solas y a nosotras (sus hijas y yo) nos han enseñado que, a pesar de todo, siempre hay que seguir adelante. Nosotras, por supuesto, haremos lo mismo con nuestras sobrinas y nuestras hijas, reconociendo la genealogía a la que pertenecemos.

Nos han dado una habitación propia, es cierto, pero depende ahora de nosotras redecorarla y hacerla nuestra: reflejarnos en ella, reconstruirnos en ella, teniendo en cuenta cada uno de los pilares que han permitido que sea nuestra.